

# EL RUBÍ.

PERIODICO TRISTI-ALEGRE,  
DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y TEATROS.

Este periódico se publica los días 15 y 30 de cada mes.  
La redacción se halla establecida en la COMISION GENERAL DE LIBRERIA, calle de Granada, número 74.

PRECIOS DE SUSCRICION. En esta ciudad, **tres reales al mes**; pero no se admiten suscripciones por menos de un trimestre. En las demás poblaciones, **doce reales por tres meses**, franco el porte.

No será atendida ninguna reclamacion que no se haga en carta franqueada.

Pesca de la ballena en la antigüedad y en los tiempos modernos.

## ARTICULO SEGUNDO.



ucho tiempo se ha creído que no existía más que una especie de ballena franca, y ha durado este error hasta que M. Delalande llevó al Museo de historia natural de París el esqueleto completo de uno de estos animales, cojido en las inmediaciones del cabo de Buena-Esperanza, el que proporcionó á Cuvier la ocasión de distinguir las notables diferencias que existen entre la ballena del Sud y la del Norte, siendo las más principales, por lo que con-

cierno á la armazón huesosa, la soldadura de las siete vértebras cervicales y dos pares más de costillas.

La ballena austral, como lo demuestra un dibujo copiado del natural por M. Delalande, tiene la cabeza mucho más chata que la del Norte; las aletas pectorales más largas y puntiagu-

das, y la cola menos escotada: los balleneros estan conformes además en que es mucho mas pequeña que la última, pues su lonjitud ordinaria no pasa de 40 á 50 pies.

Esta ballena frecuenta las diversas bahías de la costa occidental del África, desde el cabo de Buena-Esperanza hasta el Negro: aparece en el mes de junio, y no parte hasta fines de agosto ó mediados de setiembre, despues de haber dado nacimiento á un ballenato, cuyo largo es de 42 á 43 pies en el momento de ver la primera luz.

Cuando las ballenas abandonan las bahías de la costa de África, á las cuales, segun parece, van únicamente á parir, y en donde, con efecto, se encuentran veinte veces mas hembras que machos, se dirijen al Oeste, hácia las islas de Tristan de Acunha, á cuyos parajes van á buscarla los buques que no han completado su cargamento en la costa. Otros balleneros avanzan mas, pues llegan hasta las del Brasil, y aun algunos se dirijen al Sudeste, doblan el cabo de Hornos y van á pescar á la mar de Chile.

Es probable que las ballenas que se cojen en estas diferentes *estaciones*, como todas las que se ven en el hemisferio austral, pertenecen á una misma especie: de manera que el Ecuador forma en algun modo la línea de demarcacion entre los dominios de la ballena ártica y los de la antártica.

Las que se encuentran en las bahías de las costas de África, se ven con frecuencia acompañadas de sus crias, y si los botes consiguen acercarse al ballenato y se presenta á tiro de arpon, nunca dejan de aprovechar la ocasion de arrojarle uno los espertos arponeros, pues entonces la madre se acerca aun mas al hijo; pero cuidan mucho de no matar á este, porque si despues de aprocsimarse la ballena conoce que está muerto, huye con una rapidez, que deja pocas esperanzas de alcanzarla.

Las ballenas de los mares boreales demuestran tener el mismo afecto á sus hijos, y los pescadores saben aprovecharse de esta circunstancia para apoderarse de ellas con menos trabajo. «Cuando un ballenato ha sido herido por un arpon,» dice el capitán Scoresby, «se puede estar cierto de que la madre no tardará en venir á socorrerlo: se aprocsima á él cuantas veces sale á la superficie del agua para respirar; parece que le escita á huir, y á veces le ayuda á intentarlo cojiéndole

debajo de una de sus aletas, siendo muy raro el caso de que llegue á abandonarlo antes de que espire. En tales momentos es muy peligroso acercarse á ella; pero fácil herirla, pues olvida enteramente cuidar de su propia seguridad, para no ocuparse mas que de su cria: se lanza en medio de sus enemigos, desprecia el peligro que le amenaza, y aun despues de recibir varias heridas, permanece al lado de su hijo, si es que no puede llevárselo consigo. En su angustia maternal nada de aquí para allí, sacude el agua con violencia, y la irregularidad de sus movimientos es tal, que los botes se encuentran en continua esposicion de recibir un coletazo, el que los haria añicos.»

Fuera de los casos en que defiende su cria, la ballena se muestra siempre tímida, y aunque dotada de una fuerza prodijiosa, cuando se ve perseguida, procura mas bien huir que defenderse; sin embargo, algunas son mas atrevidas, y á cada herida de arpon que reciben responden con un coletazo, consiguiendo algunas veces de este modo destrozar ó sumerjir las lanchas que se acercan demasiado.

En ningun caso es prudente colocarse muy cerca de la cola de la ballena, pues como siempre la levanta al hundirse en el agua y la balancea algun tiempo en el aire, al volverla á bajar puede con su solo peso romper embarcaciones mucho mas fuertes que un bote de pesca; y aun en el caso de que este no reciba el golpe, su seguridad se hallaria muy comprometida si se encontrase en el remolino que se forma en el sitio en que se hunde el cetáceo, estando tambien espuesto á sumerjirse á mayor distancia, por la inmensa cantidad de agua que hace saltar la cola al caer.

Estos casos, que se repetian con frecuencia en el primer periodo de las grandes expediciones á los mares polares, han disminuido mucho hoy; sin embargo, todavia los pescadores, aun los mas experimentados, son algunas veces víctima de ellos.

Otro accidente menos comun, pero tambien mas pérfido, porque nunca se prevee, es el caso en que un bote, en lugar de ser hundido en la profundidad del mar, es lanzado á los aires por efecto de un impulso de abajo á arriba. He aquí un ejemplo referido por el ya citado capitan Scoresby: «En el año de 1802,» dice, «el capitan Lions, que pescaba en las costas del Labrador, descubrió bastante cerca de su buque una ballena,

y sin pérdida de tiempo envió cuatro lanchas á darle caza. Dos de ellas llegaron al mismo tiempo al animal: los respectivos arponeros les arrojaron sus armas y el cetáceo se sumerjió al sentirse herido; mas volvió muy pronto á la superficie, y apareciendo en la direccion del tercer bote, que habia procurado adelantársele, le hizo elevarse á la altura de mas de 15 pies con una velocidad extraordinaria. Habiéndose vuelto la lijera embarcacion por efecto del choque, cayó con la quilla para arriba, y aunque la cuarta lancha, que estaba inmediata, se dió prisa á recoger á la tripulacion, pereció, sin embargo, uno de los remeros, porque desgraciadamente se le enredaron las piernas en el banco en que estaba sentado y no pudo sacarlas.»

Luego que la ballena herida huye, llevándose el hierro del arpon y la cuerda que está atada á él, á fin de que esta cuerda al desenrollarse no se balancee á derecha é izquierda é incomode á los marineros, se le hace pasar por un agujero abierto en la proa del bote; pero resulta de esta disposicion que si se presenta un nudo ó el mas pequeño impedimento, la cuerda se detiene al instante, la embarcacion tiene que seguir forzosamente el movimiento del cetáceo, y no puede menos de zozobrar. Este caso no es raro, por desgracia, aunque se toman todas las precauciones imaginables para evitarlo. Algunas veces las lanchas que se encuentran próximas á la que ha ido á pique consiguen salvar á todos ó parte de los que la tripulan; pero por lo regular ninguno de ellos vuelve á aparecer en la superficie del mar.

Esto mismo fué lo que sucedió en el banco del Brasil en 1829 á uno de los botes de una fragata americana: la ballena habia sido herida á cosa de media milla del baque, sumerjiéndose tan luego como recibió el arpon; pero apenas hubo arrastrado unas veinte brazas de cuerda, cuando de pronto se vió desaparecer la lancha debajo de las aguas, no dejando en la superficie mas que el hervidero consiguiente á la sumersion de un cuerpo voluminoso. Sin embargo, el capitán de la fragata, no queriendo alejarse mientras conservara la esperanza de salvar á sus marineros, permaneció dando bordadas el resto del dia y toda la noche cerca del paraje de la catástrofe. Al amanecer descubrió el vijía un bote anegado á poca distancia, el que, despues de reconocido, se vió ser el mismo que zozobró la víspera; pero en cuanto á los seis desgraciados que

lo tripulaban, habian desaparecido para siempre.

Este hecho se refiere en una obra sobre la pesca de la ballena, publicada en París por Mr. Julio Lecomte en 1833, y de la cual nos hemos servido para tomar algunas de las noticias que damos en este artículo.

La ballena hace para nadar menos uso de las aletas que de la cola; por lo que esta última parte de su cuerpo es la que se trata de inutilizar cuando se quiere disminuir la velocidad de su fuga despues de herida por los arpones, á fin de acercarse á ella por uno de sus costados y hacer empleo de las lanzas.

El arma de que se sirven para este objeto consiste en una pala triángular, cuya hoja tiene 3 pulgadas de ancho por 8 de largo, y filo por tres lados: el hierro se ajusta, lo mismo que el del arpon, á un mango de madera, y se arroja del propio modo. Dos ó tres heridas de este arma en la juntura de la cola con el cuerpo disminuyen la velocidad del animal fujitivo en mas de la mitad; pero la operacion es de mucho riesgo, siendo necesario que los hombres que tripulan el bote se agarren alternativamente á la cuerda del arpon, para acercarse á la cola, y á los mangos de los remos, para alejarse de ella remando hácia atrás con grande lijereza.

Cuando se logra con la pala cortar alguno de los grandes vasos sanguíneos de una ballena, se vé la sangre saltar en caños tan gruesos como un brazo.

Cuidan mucho los balleneros espertos de no arrojar la pala sin estar muy seguros del sitio en que va á causar la herida, porque puede suceder que la detenga un movimiento de la cola y la rechaze hácia la mano que la ha lanzado, con grande esposicion de herir á los remeros, en razon á sus tres filos. «Mr. Dupuis, oficial de un ballenero francés, se ocupaba en *trabajar* la cola de una ballena, y en razon á que la mar estaba bastante alta, no lograba dirigir la pala sinó con suma dificultad. Una de las veces que la arrojó, llegó el arma en el momento en que el animal bajaba la cola, y fué rechazada con fuerza hácia el bote: la hoja alcanzó de costado al oficial y le causó una herida grave en el bajo vientre.»

Únicamente nos hemos ocupado de los peligros que amenazan á la tripulacion de una lancha; pero existen otros mucho mas terribles, y que no solo pueden ser causa de que se pierda un buque, sinó tambien flotas enteras. C.

A....



Mírame mas: no niegues tus miradas  
á mis ojos amantes, que las buscan;  
pero envíalas ¡ay! apasionadas,  
de esas que con su luz al alma ofuscan.

Que es deliciosa la embriaguez que siente  
mi corazón cuando tus ojos bellos  
le regalan de luz claro torrente,  
y el alma vuela á confundirse en ellos.

Mírame mas: cien veces el tesoro  
vea yo del fuego que tu pecho guarda;  
y aunque mas, bella mía, me enamoro,  
á cada mirar tuyo... hazme que arda.

JUAN VILA Y BLANCO.

Albacete 9 de abril de 1846.

## LOS DOS PLANTADORES.

(Conclusion.)

### IV.

#### Los reguladores.

Isabel estaba enteramente curada tres semanas despues de haber recibido la herida, y la viuda de Lamar habia fijado el dia en que su hija y Rivers debian hacer un viaje á la ciudad inmediata para recibir en ella las bendiciones. Tambien estaba ya decidido que la jóven pareja habitaria la hacienda de la Barca, que necesitaba ser dirigida por un hombre, y mucho mas cuando la anciana madre de la criolla no dudaba que estaba cercana la hora en que iba á reunirse con su esposo en la tumba. No solo, como se puede suponer, el afortunado amante habia desistido de su proyecto de abandonar á Tejas, sino es que tambien acababa de comprar mil fanegas de tierra en las inmediaciones de la plantacion que iba á hacer suya su casamiento.

Savidge no dejaba escapar entretanto ninguna ocasion de herir el amor propio y provocar al que fué su amigo, para obligarle de este modo á batirse con él y que con la vida de uno de los dos terminase su rivalidad; pero la firmeza y la sensatez de Rivers fueron mas poderosas durante algun tiempo que los hostiles deseos

del primero. Sin embargo, este se propasó mas que nunca la víspera del día fijado para el casamiento, y despues de una conversacion muy acalorada juró por su alma que, hiciere lo que hiciere su compañero, Isabel le habia de pertenecer antes de morir. El novio, incapaz de contenerse por mas tiempo, desenvainó un largo cuchillo y se lanzó á su adversario; pero este se habia armado con prontitud, y un encarnizado combate tuvo lugar entre ellos en la misma estancia donde durante tanto tiempo habian habitado juntos como hermanos, y donde sentados el uno al lado del otro habian recordado los días de su vida pasada y formado proyectos para el porvenir. No tardó en brotar la sangre por las heridas que mutuamente se causaron, y habria sido fácil predecir á cualquiera que se hubiese hallado presente que uno de los dos, ó tal vez ambos, no tardarian en ser cadáveres. El ruido de la terrible riña atrajo muy pronto á los esclavos de la plantacion, que arrojaron exclamaciones de horror al descubrir á sus amos pugnando por terminar el uno con la vida del otro; pero los que se batian eran blancos, y ninguno de los negros osó intervenir en su contienda.

En fin, Rivers cayó al suelo desplomado, y Savidge quiso entonces acercarse á él para rematarle; pero sus fuerzas no pudieron secundar á su odio, y despues de algunos vanos esfuerzos para mantenerse de pie, recibió una silla su cuerpo y perdió el conocimiento. Los esclavos se llevaron á los adversarios á sus respectivos cuartos, donde les hicieron la primera cura.

Aunque con varias heridas graves, Rivers no habia muerto, y al volver en sí, mandó que le trasportasen aquella misma noche á la casa de la viuda de Lamar, á pesar de que el movimiento podia serle fatal; pero antes de dejar la plantacion envió un mensajero á la Barca para que noticiase á las dos señoras que le habia ocurrido una desgracia y que dentro de una ó dos horas le verian llegar. Mucho trabajo les costó á los negros satisfacer el deseo del jóven plantador, y los que le llevaban en una camilla caminaron tan despacio por temor de molestarle con algun movimiento fuerte, que era mas de media noche cuando llegaron á la hacienda de la viuda. Al ver la criolla á su amante pálido y moribundo, echó un grito de dolor y permaneció largo rato anonadada; mas no perdió el conocimiento, y prorrumpiendo al fin en lágrimas y sollozos, cubrió de besos las manos del que amaba.

No se parecia Isabel á esas débiles criaturas, producto de una civilizacion escajerada, que apenas tocan la tierra con un pie de fantasma, y cuyo corazon, semejante á un arpa cólica, solo produce vagos acentos; era seguramente mujer en sus sentimientos, en sus ideas y en su afecto, como en su forma y su hermosura; pe-

ro el aire vivificante del desierto había reanimado mas y mas el fuego de su sangre española; solo sabia amar ó detestar; así es que en lugar de entregarse al lloro y la desesperacion, pensó en vengar al hombre que adoraba.

La juventud de Rivers y los cuidados que le prodigaron fueron mas poderosos que sus heridas; y apenas le vió fuera de peligro la bella criolla, le anunció á su madre que deseaba ausentarse dos ó tres dias, para visitar á algunas de las familias establecidas en las inmediaciones de la plantacion. La viuda, admirada de semejante proyecto, trató de combatirlo; pero su hija le hizo presente que necesitaba distraerse, desechar las penosas impresiones que habia dejado en su corazon la enfermedad de su futuro; y con tantas instancias solicitó, que al fin obtuvo lo que deseaba.

Una mañana salió, pues, de la hacienda, en compañía de una esclava negra y de Juan el barquero, que era blanco, habia servido á su padre y la amaba á ella como á hija suya; y solo volvió al cabo de tres dias; pero seguida de mas numeroso séquito, pues á los que primero la acompañaban se habian agregado cinco jinetes perfectamente armados y cubiertos los rostros con caretas. La viuda adivinó el objeto de la visita de aquellos desconocidos: tan pronto como los vió conoció que eran los reguladores, los representantes de la justicia casi bárbara de las praderas de Tejas, y el aspecto de aquellos nuevos jueces-francos le causó un involuntario horror. Isabel habia contado la historia de Rivers en todas las haciendas de la comarca; los plantadores se habian conmovido, y reuniéndose sin dilacion, instruyeron el proceso de Savidge sin citar á este á su extraño tribunal. Tomáronse informes, pronuncióse una sentencia, y los cinco enmascarados, respetables colonos ó hijos de colonos, eran los encargados de su ejecucion. Pasaron estos el resto del dia en la Barca, tomaron parte en la cena de la familia, bebieron y comieron alegremente; pero ninguno de ellos se descubrió el rostro ni se dió á conocer. Al dia siguiente, hora y media antes de amanecer, ya estaban levantados y dispuestos á ponerse en camino. Sin llevarse los caballos, pero sí las armas, atravesaron el rio, y cuando aparecieron los primeros albores de la mañana, ya habian tomado posesion de uno de los establos de la plantacion de Savidge. Un negrillo, encargado de sacar á pastar á las reses, fué el primero que los descubrió, y aterrado con su presencia, volvió á dirigirse á la casa con toda la presteza que le permitieron sus piernas.

—Detente, ó eres muerto, le gritó uno de los desconocidos.

El muchacho no quiso obedecer, y una bala le dejó cadáver. Como una media hora despues se presentó otro esclavo en el

establo, maldiciendo entre dientes la pereza del pastorcillo. El miedo que espermentó al descubrir á los cinco hombres enmascarados estuvo á punto de hacerle caer de espaldas; pero reponiéndose pronto, entornó la puerta que acababa de abrir y huyó hácia la casa. Una segunda detonación resonó, y otro cadáver quedó tendido en el suelo.

El ruido del tiro despertó á Savidge, que estaba ya casi completamente curado, y á medio vestir salió de la casa para informarse de lo que ocurría. Uno de los cinco reguladores, que se había ocultado detrás de una esquina, se le presentó repentinamente, y apuntándole con la escopeta, le gritó que si no permanecía inmóvil, le haría fuego. El jóven plantador, conociendo que toda resistencia seria inútil, permaneció en el sitio que ocupaba; mas temblando, pues no dudaba que era llegada su última hora.

—Estoy seguro de que adivinará V. lo que aquí nos trae, añadió el desconocido, adelantándose algunos pasos; pero sin bajar el arma. Rivers tiene todavía amigos, aunque V. se ha declarado enemigo suyo. En vano intentaría V. resistir, pues somos cinco hombres perfectamente armados y resueltos á llevar á cabo nuestro propósito: dos de sus esclavos de V. han sucumbido ya, y si V. intenta pronunciar una sola palabra, la bala que encierra este arma le cerrará á V. la boca. Se le va á dar á V. su escopeta, pues no queremos matar á un hombre indefenso.

Savidge pidió con grandes instancias que se le permitiese subir á su cuarto para acabar de vestirse; pero el jefe de los reguladores no quiso consentírselo.

—No, le dijo, porque ahora está V. enteramente á merced nuestra, y si le dejásemos á V. entrar en la casa, es mas que probable que nos jugaria alguna mala pasada,

Volvióse en seguida hácia sus compañeros, les hizo señas de que cercasen al plantador, y penetrando él en la casa, tomó una de las escopetas que encontró en ella, la cargó y fué á presentársela á la víctima, diciéndole:

—Le concedemos á V. el que pueda apartarse sesenta varas, y llegado á esta distancia es V. dueño de huir y hacer de esto arma el uso que quiera; pero si intenta V. dispararla antes, cinco balas le atravesarán el cuerpo. Dé V., pues, sesenta pasos, y al sesenta y uno le harémos fuego.

Resistir á esta disposición era imposible, y por lo tanto Savidge se resignó á contar los sesenta pasos que se le designaban. Apenas los hubo dado, disparó apresuradamente la escopeta sin herir á nadie, la tiró en seguida, y dió á huir con toda la velocidad que pueden prestar el terror y un cuerpo naturalmente ágil. Tres detonaciones se dejaron oír; pero solo una bala alcanzó al fu-

jitivo, causándole una herida tan leve en una pantorrilla, que no le impidió continuar la carrera con igual rapidez que antes. Seguido de cerca por sus cinco perseguidores, y oyendo resonar sus pasos muy inmediatos y silbar las balas á derecha é izquierda suya, conocía que cada momento que le robaba á su destino, solo era una prolongacion de las agonías de la muerte á que no podia escapar.

Sin saber casi por donde caminaba, ganó instintivamente un matorral que costaba el río, asemejándose á un ciervo herido que, perseguido por los cazadores, se oculta en la espesura; pero las matas, lejos de serle de alguna utilidad, no hacian mas que entorpecer su fuga, y los numerosos nopales que allí habia, desgarraron tan cruchmente sus pies con sus mil puas, que vencido por el dolor y descubriendo cercano el río, se precipitó en él de cabeza. Mas de un minuto permaneció debajo del agua, calando con vigor para apartarse de la orilla; pero cuando su cabeza apareció en la superficie, los reguladores, que le buscaban con la vista desde la márgen, no tardaron en descubrirla: una descarga de cinco tiros resonó en el espacio, y cuatro balas rompieron el cráneo del desgraciado jóven, á quien el amor enloqueció haciéndole asesino y casi fratricida.

Los cinco enmascarados, á un tiempo jueces y verdugos, se hallaban de vuelta en la Barca para la hora del desayuno; y terminado que fué este, uno de ellos le dirigió la palabra al amante de Isabel, hablándole en estos términos:

—Roberto Rivers, la sentencia de muerte pronunciada por el tribunal de los reguladores contra la persona de Santiago Savidge, ha sido plena y debidamente ejecutada: el reo ha espirado en la mañana de hoy, arrepentido sin duda de sus crímenes y convencido de lo justo del fallo de sus compatriotas. Si su cuerpo llega á ser descubierto en el río, es deber de V. el darle honrosa sepultura, pues la ley, á pesar de su severidad, ordena que toda animosidad se estinga con la vida y que la zizaña sea arrancada y sepultada en la misma tumba que el que la sembró. Todas las faltas de Santiago Savidge estan ya purgadas, y hoy solo debe V. acordarse de que fué largo tiempo su amigo. Tambien el tribunal ha dispuesto de los bienes del difunto, ordenando que la totalidad de la plantacion se le entregue á V. sin cargas, gastos ni formalidades, y que V., sus hijos y herederos disfruten perpetuamente como sus únicos y verdaderos propietarios, por ser esta la voluntad del tribunal, cuyas decisiones son irrevocables y atraen un inevitable castigo sobre el que osa contestarlas. Que Dios nos ayude ahora y siempre á mantener la paz entre nuestros vecinos y á defender sus derechos.

Rivers tuvo que jurar en seguida con la mano puesta sobre

una Biblia que jamás haría traición á los reguladeros ni levantara la mano sobre ellos, antes bien les prestaría ayuda y protección interin el país necesitase sus servicios, por no hallarse establecidas leyes regulares que arreglasen el curso y la ejecución de la justicia.

Hecho esto, los cinco desconocidos manifestaron á los novios que les deseaban toda la prosperidad que podían esperar de la vida, y montando despues á caballo, se alejaron por la pradera en diversas direcciones.

Rivers envió varios negros á buscar el cadáver del que fué su amigo; pero no lograron encontrarle, sin duda porque los caimanes lo habrían devorado. Algunos días despues tomó posesion de la hacienda de Savidge, y luego que se restableció completamente, se unió á la bella criolla. En el banquete de boda, cinco colonos, que entre otros muchos habian sido convidados con sus familias, propusieron al mismo tiempo un brindis *al honor y á la justicia*; mas ninguno hizo alusion á los reguladores.

T. D. C.

**En cierto libro lei los siguientes versos, cuyo autor me es desconocido:**

L'homme juste, selon Lesage,  
Pêche sept fois et davantage;  
Et la femme juste, combien?  
Ma foi, Lesage n'en dit rien.

**Aunque mal, los he traducido así:**

Segun el *Sábio* discurre,  
siete y mas veces incurre  
el hombre justo en pecado.  
¿Y cuántas, en tal supuesto,  
la mujer justa? Sobre esto  
nada el *Sábio* ha revelado.

Alicante.

JUAN VILA Y BLANCO.

**Á MI AMIGO C....., FEO É NASIMIENTO.**

SONETO.

Tiej la cara, chabó, que é barde ej cara;  
ej una praza é toros con orejas;  
doj arcos é biolon son tuj do sejas;

d' er ponton ej tu boca la cuchara.  
 Tu peyejo, si en eyo se repara,  
 ej vano como er piso é laj cayejas;  
 chorreosos son tuj ojos, como armejias,  
 y ej torre é catréa tu naris rara.  
 ¡Y otabia baj erguio pó la caye,  
 jaciendo ostentasion é tu figura,  
 lusiendo lo garboso é tu tave!!!  
 Tu pesqui está chalao, mala criatura:  
 déjate ya de echasla de güen oso,  
 qu' á mi bé lo que jases ej el oso.

EL TIO CREPÚSCULO.

EPÍGRAMA.

Es D. Jil republicano.  
 —Cómo tal? Oh! no lo creo.....  
 —Si lo ha dicho *El Castellano*.....  
 —Ya! Lo dijo en el verano;  
 mas hoy D. Jil tiene empleo.

Albacete.

JUAN VILA Y BLANCO.

CRÓNICA DE ESPECTÁCULOS.

**Teatro.**—*El rey de los criados* y *Juana y Juanita*, son las únicas composiciones que se han estrenado en esta quincena.

La primera, ejecutada el 31 del pasado, es una comedia de argumento muy trivial, y manoseado por añadidura. Se prevée el desénlace, lo que, unido á la trivialidad de las escenas, hace se experimente fastidio al oírlo. La ejecución fué mala; pero solo pueden dar fe de ello una docena de personas, á cuyo número ascenderían los espectadores.

La segunda, representada en la noche del 41 del actual, pudiera también titularse Amor de padre, porque este afecto es el principal móvil de la acción; tiene alguna inverosimilitud; pero se hallan tan bien enlazadas las escenas, y agrada tanto, que puede disculparse aquel defecto. La ejecución fué muy fria; pero se compensó esto con el excesivo calor que experimentaron los concurrentes, que fueron bien numerosos.

**Circo olímpico.**—Las tres funciones que ha dado en la plaza de toros la compañía ecuestre del Sr. Ghelja, en los días 28 y 31 del mes próximo pasado y 1 del corriente, han agradado mucho, siendo la concurrencia bastante numerosa, y mayor progresivamente en cada una de ellas. Es cierto que nada nuevo hemos visto ejecutar á estos artistas; pero sus espectáculos no han desmerecido seguramente de los que dieron en esta ciudad en diversas épocas las tan celebradas compañías de Avrillon, Paul y anglo-americana.

El Sr. Ghelja debe estar indudablemente satisfecho del público malagueño, pues además de que su bolsillo ha quedado ampliamente relleno, él y todos los individuos de la compañía que dirige han recibido inequívocas pruebas en las repetidas salvas de aplausos que se les han prodigado de haber complacido su mérito artístico.

Tenemos entendido que aunque se deshizo el circo con motivo de las corridas de toros, se reconstruirá muy en breve, y dará esta compañía algunas funciones más.

**Toros.**—Solo podemos ocuparnos de la primera corrida, que tuvo lugar en la tarde del domingo 7 del actual, pues aun no se ha verificado la segunda al entrar nuestro número en prensa. De los seis toros que se corrieron, todos de la ganadería de D. Manuel Siguri, de Sevilla, únicamente dos fueron regulares: el primero y el cuarto; los demás agradaron poco. Sin embargo, hubo diez y ocho caballos muertos, y por lo tanto, aunque algunos de ellos vimos que los entregaron á los toros los picadores, no puede decirse que la corrida fué mala. Los toreros en general se portaron bien; pero mejor los de á pie que los de á caballo.

Los espectadores, en número tan considerable, que no hubo un solo asiento desocupado en la plaza, se retiraron medianamente complacidos.

Málaga: Imp. de D. Antonio Benigno Cabrera, calle de Granada, núm. 74.